



presiones y sensaciones, mientras que ni una escuela de filosofía nacional salió de esta familia, ni aparece en sus composiciones más sublimes ningún elemento de pensamiento metafísico. De ahí procede que las revelaciones más profundas de la religión, las declaraciones más imponentes de los profetas, y las más sábias lecciones de virtud, están en hebreo revestidas de imágenes tomadas de la naturaleza exterior. Bajo este aspecto, el autor del Corán siguió necesariamente el mismo camino.

Pero la familia europea recibió en herencia una admirable flexibilidad en su lenguaje para expresar las relaciones interiores y exteriores de las cosas por la inflexión de sus nombres, los tiempos condicionales ó indefinidos de sus verbos, su tendencia á formar partículas sin número, y principalmente por la facultad poderosa y casi ilimitada de comparar palabras; á lo que hay que añadir la facilidad de variar é invertir la construcción y la facultad de trasladar inmediata y completamente la fuerza de las palabras de una significación material á una representación puramente intelectual. Así, mientras que el ingenio halla en ella un instrumento propio para expresar sus conceptos más elevados, no es ménos poderosa en las manos del filósofo; en ella y por ella se han levantado esos diversos sistemas que en la India antigua, en la Grecia y en la Germania moderna han intentado sondear las profundidades del entendimiento humano, y analizar las formas de nuestras ideas hasta en sus elementos primitivos (1). ¿Y no veis en todo esto alguna cosa que sirve para designios mucho más nobles, cuando estas reflexiones os llevan á considerar el órden observado por Dios en la manifestación de su religión? Porque mientras que sus revelaciones debían más bien conservar-

(1) Como aplicación de estas observaciones, puedo decir que en nuestro tiempo apenas podía nacer la filosofía trascendental en otra parte que en Alemania, cuya lengua posee los signos característicos de la familia más que otra alguna, y que permite más fácilmente ó sugiere el emplear subjetivamente el pronombre de la primera persona; lo cual sería una violencia grandísima en las otras lenguas de Europa para que lo hubiesen imaginado. En latín, por ejemplo, donde no hay artículos, es casi imposible expresarlo; y uno que no supiese más que esta lengua, no habría podido concebir semejante idea.

se que propagarse; mientras que sus verdades se referían principalmente á la historia del hombre y á sus deberes más simples para con Dios; cuando su ley consistía más bien en preceptos de observancias exteriores, que en restricciones interiores; mientras que la dirección era determinada por la agencia misteriosa de los videntes que leían en lo futuro, más bien que por una regla establecida ó una ley inalterable; el sistema entero de la religión estaba depositado en manos de aquella familia humana, cuyo carácter intelectual y lenguaje eran admirablemente conformes para atenerse con tenacidad á las simples tradiciones de los días antiguos, para describir todo lo que había en el exterior del hombre, y prestarse con más eficacia al ministerio imponente de la misión del profeta.

Pero no bien se hubo introducido una importante mudanza en los fundamentos de su revelación y en las facultades á que se dirige, cuando ocurrió manifiestamente una traslación correspondiente en la familia á que se encomienda con evidencia su administración y dirección principal. Exigiendo en consecuencia la Religión, destinada ahora para la totalidad del mundo y para cada individuo del género humano, testimonios más variados para corresponder á las necesidades y satisfacer los ardientes deseos de cada tribu, país y edad, es entregada en manos de otros obreros, cuyo vigor más profundo de pensamiento y cuyo impulso siempre ardiente hacía la investigación pudieran con más facilidad descubrir y manifestar sus inagotables bellezas, y que estudiasen sus relaciones con las verdades de diversos órdenes, con cada sistema diferente de las dispensaciones de Dios, produciendo así siempre nuevos motivos de convicción y nuevos objetos de alabanza. De este modo la sabiduría divina, aunque hizo una é inmutable la sustancia de la Religión, ató en cierto modo sus testimonios y pruebas á la rueda siempre móvil de los esfuerzos del hombre, y los mezcló con los otros motivos de los más urgentes deseos de este, para que cada paso dado en busca de los sanos estudios y de una humilde investigación, les facilite un nuevo adelantamiento y una situación variada, sobre los cuales pueda fijarse un ánimo reflexivo con una admiración siempre creciente. ¿Y cómo ha acontecido esto respecto de la ciencia de la etnografía? Creo que lo habeis visto claramente.

ACLARACIONES

SOBRE

LA PALABRA, SIGNO GENERAL DEL PENSAMIENTO.—ORÍGEN DEL LENGUAJE.—MEDIOS QUE TENEMOS PARA INVESTIGARLE.—INVESTIGACIONES DE LOS ANTIGUOS.—HUMBOLDT.—HERDER.—RENAN.—ESTADO DE LA CUESTION (1)

I

La palabra es el poder más grande que existe en la tierra, porque es el que ejerce mayor influencia en el hombre, en la familia y en la sociedad.

Entre el hombre y la palabra que sale de sus labios la relación es tan íntima, que da la medida de su importancia y de su valer. La palabra es la expresión del alma humana; el alma es el poder soberano del hombre, y todo lo que esta soberanía por cualquier medio produce, ejerce en el espíritu de los demás hombres un influjo inevitable. Nunca un alma se revela á otras almas, nunca manifiesta exteriormente su incredulidad ó su fe, su amor ó sus odios, su inclinación ó sus aversiones, sin producir resultado más ó ménos sensible. Y así considerada la soberanía de la palabra, su dominio es tan vasto como poderoso. No tiene por límites las manifestaciones del alma, por medio de los sonidos articulados de la voz, ó por medio de los caracteres permanentes de la escritura; hay palabra, allí donde hay convicción, fe, una manifestación cualquiera del espíritu del hombre.

Tomada en este sentido genérico y trascendental, la pintura es palabra, lo son también la escultura y la música, lo son todas las bellas artes; y cuando por lo que revelan y por lo que expresan llegan á penetrar en el alma, constituyen la elocuencia, que en el fondo no es más que el predominio que un alma ejerce sobre las otras, cualquiera que sea el modo con que lo manifieste ó el instrumento de que se valga para llevar á cabo esa superioridad.

Aún hay más: puede decirse que toda obra ejecutada por un hombre viene á ser una palabra. Todo cuanto hace el hombre es una manifestación del poder del hombre, como todas

(1) P. Félix y P. Z. Gonzalez y D. F. García Ayuso, en su notabilísima obra *El estudio de la filología en sus relaciones con el sanscrito*; Madrid, 1871.

las obras de Dios son manifestaciones del poder divino.

Todo obrero, cualquiera que él sea, muestra en su obra lo que él es. La naturaleza entera es una palabra divina; en cada una de sus maravillas muestra algo de Dios; palabra á veces encantadora y dulce, otras imponente y terrible; palabra escrita unas veces con flores, con plantas, con cosechas; otras con astros, con estrellas, con soles; y tanto en la tierra como en el cielo, repitiendo la gloria del Creador y revelando al alma humana su Dios, á pesar de los límites de las perfecciones que en ella hace resplandecer.

Así pues, el hombre, autor de una obra más ó ménos importante y real, habla á la humanidad por la voz misma de su obra; voz á veces tan poderosa y dominante, con ecos tan lejanos y profundos en la humanidad, que á menudo, aun después de largos siglos, conserva todavía la atención en el entendimiento y la impresión en el alma. Y si así sucede aun con las obras en las que tienen una gran parte la habilidad y la industria, con más motivo las del hombre hablarán á la humanidad, cuando estas obras, morales en sí mismas, manifiesten más directamente el misterio del alma que las produce. De ahí el inimitable poderío y la incomprendible elocuencia de esta palabra que se llama el ejemplo.

Para los entendimientos que se gozan con los grandes sucesos, y en los vastos horizontes que los asuntos presentan, sería interesante manifestar en detalle el poder de la palabra ó de la manifestación de las almas, considerada en estas esferas diversas, en las que el imperio y el dominio pertenecen á todo lo que es superior. Pero hay que limitarse, y sobre todo, tengo que decirnos cuál es el poder de la palabra tomada en su acepción más común, quiero decir, la manifestación del alma por medio de los sonidos articulados de la voz, de las actitudes ex-



presivas del cuerpo, ó de los caracteres fijos de la escritura.

Esta palabra, en cuanto es la manifestacion de la inteligencia, la forma de las ideas y la expresion del pensamiento; en una palabra, el órgano del alma revelándose á las almas y obrando sobre las almas, es la señal característica de la superioridad del hombre; es el privilegio incommunicable y verdaderamente reservado de su realidad en el imperio de la creacion. Así es que, desde la altura en que está asentado, el hombre domina todas las jerarquías de los seres que se hallan colocados por bajo de él. Con este instrumento del entendimiento, con este *órgano* de su alma que resuena en torno suyo, ejerce su mayor poder en la humanidad; de tal suerte, que así como el hombre es lo más fuerte y poderoso de la creacion, su palabra es la más fuerte y poderosa en el mismo hombre.

El hombre, en cuanto hombre, y formado por la palabra, es hasta cierto punto su misma palabra; su verbo le es en algun modo tan consustancial, que cuando después de su desarrollo él mismo se convierte en un sér que piensa y reflexiona, esto es, un sér que habla, puede decirse que su palabra da su verdadera medida: es lo que su palabra le ha hecho; vale lo que vale su palabra, y recíprocamente su palabra vale lo que vale él mismo.

No quiero caminar en este punto al incierto resplandor de esas filosofías presuntuosas, que pretenden ver en el fondo del hombre lo que Dios ha ocultado como oscuro misterio. No penetro en la peligrosa region de los sistemas; dejo á otros el honor de demostrar plenamente el verdadero origen de nuestras ideas, y rodear de resplandores la cuna de nuestra inteligencia naciente. Digan lo que quieran los filósofos más ufanos con sus descubrimientos, esta hija radiante de la creacion nace en un crepúsculo, por no decir en una noche, que nos oculta siempre más ó ménos el secreto de su nacimiento, el lugar de su cuna y la hora en que se despierta. Pero aun á través de estas sombras y de su discreto misterio, salta á la vista una cosa, y es que esta formacion y este desarrollo se verifican por medio de la palabra. Y esto no quiere decir ciertamente que la palabra tenga el poder de crear la inteligencia. La palabra, al entrar en el seno de una vida, no crea en ella la inteligencia, de igual modo que el rayo de sol y la gota de agua al caer sobre la tierra no crean el grano de trigo, que va á mostrar bajo su influencia el misterio de fecundidad oculto en su seno. Pero si seria absurdo conceder á la palabra este poder creador sobre el pensamiento y la inteligencia humanos, seria ver-

daderamente ciego quien no reconociese á la luz de los hechos, y con la antorcha de la experiencia, un poder de fecundacion, desarrollo y formacion no ménos palpables, ni ménos visibles en el *crecimiento* de la vida intelectual y moral, que la influencia de la lluvia y del sol en los fenómenos del *crecimiento* material. Quien haya visto crecer un hombre, no dudará jamás de esta verdad. La palabra es su rocío, la palabra es su sol, la palabra es su aliento, la palabra es su cielo y su atmósfera, es la condicion de su desenvolvimiento intelectual y moral; hermosa planta de la creacion que, como todas las plantas, tiene un misterio en su raíz, y que no por esto deja de mostrar al cielo y á la tierra, bajo una esplendente luz, su arrebatadora y maravillosa belleza.

Y si tal es la incontestable influencia de la palabra sobre el *crecimiento* del hombre; si la palabra, como ardiente sol ó fecundo rocío, desarrolla los gérmenes de la vida intelectual y moral, depositados por la mano del Creador sobre la tierra virgen de nuestra alma *naciente*, ¿cómo no ver que esta palabra que nos fecunda y dilata en lo que tenemos de más grande y soberano, debe ser en todo lugar y todo tiempo el secreto de nuestra fuerza y el compás de nuestro poder? Si las cosas continúan existiendo y concluyen por las mismas causas que les dan principio y nacimiento, ¿cómo no comprender que el ejercicio de nuestra vida intelectual y moral, empezando por la palabra, debe terminarse, completarse y conservarse por medio de la palabra? ¿Y á quién podrá ocultarse, admitido esto, que una vez formado el hombre, este noble hijo de la palabra tendrá la grandeza de su origen, que su palabra casi infaliblemente nos dirá lo que él vale, y que tanto valdrá la palabra cuanto valga el hombre que la pronuncia? El hombre puede, ciertamente, valerse de la palabra para ocultar su pensamiento, pero á pesar suyo, la verdad pasa á través de este velo, y tomada en un sentido general esta sentencia, *la palabra es el hombre, y el hombre es la palabra*, encierra una verdad innegable. La palabra es la fotografia de nuestra figura moral, como la medida de lo que valemus en lo humano.

Hay sobre esto un dictámen universal y popular, que es el mayor homenaje tributado á la excelencia y al poder de la palabra. Este juicio dice á todo hombre que habla: *Ore tuo te iudico*. Así, para juzgar á un hombre, para marcarle en nuestro propio pensamiento con una señal de oprobio ó de honor, necesitamos comunmente leer uno de sus libros ó escuchar uno de sus discursos. Un hombre ha hablado



sobre una escena elevada, desde donde le ha escuchado el mundo entero; ha pronunciado un discurso, uno solo; este discurso, lanzado como un insulto á la verdad, al honor ó á la virtud, ha caido sobre su frente como un estigma de oprobio, que ninguna mano podrá borrar. Otro hombre ha hablado sobre el mismo escenario; se ha servido de su palabra para defender la justicia con el valor del soldado que defiende la patria, hále contestado el aplauso de todas las almas honradas; y este discurso lucirá siempre en derredor de su cabeza como una brillante aureola, y acaso como la corona de su inmortalidad.

Este juicio popular es bueno, y justa esta sentencia de la opinion. El hombre cuya palabra es buena, demuestra la excelencia de su alma; el hombre cuya palabra es mala, prueba irrefutablemente que es un malvado. La verdad lo ha dicho: la boca habla de la abundancia del corazon: *Ex abundantia cordis os loquitur*. El hombre que muestra con sus palabras intencion de dañar y de matar moralmente, da pié para creer que en una hora y una ocasion dada estaria pronto para herir, y aun matar físicamente. Hay el Robespierre de la palabra y de la pluma, como el Robespierre del puñal y la guillotina. Estos os inundan en vuestra propia sangre; aquellos os manchan con su tinta: los unos os cortan la cabeza, y los otros os roban el honor. Hé aquí por qué si el talento ó el genio armado de una palabra saludable, es el primer poder del bien, el talento ó el genio armado de una palabra perversa, es el primer poder del mal. El uno es el mayor beneficio, el otro el mayor azote de la humanidad. El primero es un purificador, un fundador ó un civilizador; el segundo, un corruptor, un demoleedor, un devastador: el primero es el verbo de la creacion; el segundo el verbo de la destruccion.

El signo general del pensamiento humano es el lenguaje. Suponése comunmente que esta palabra tiene su etimología en la frase latina *linguam agere*, que significa mover la lengua. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el lenguaje, como signo ó expresion del pensamiento, es un sistema de signos destinados á expresar el pensamiento. Y debe tenerse presente que el pensamiento aquí se toma en un sentido lato, por las manifestaciones y actos, no sólo del entendimiento y voluntad, sino tambien de las facultades sensibles, tanto perceptivas como afectivas.

Los signos que constituyen el lenguaje pueden ser ó naturales ó artificiales. Los primeros son los gritos, ademanes, gestos y movi-

mientos naturales y espontáneos del cuerpo, en relacion con determinadas afecciones y pensamientos interiores del alma. Los segundos son las palabras articuladas destinadas por el uso y la convencion para expresar aquellos actos y afecciones interiores.

El lenguaje natural tiene determinadas ventajas sobre el artificial, así como este las tiene sobre aquel bajo otros puntos de vista. El natural: 1.º, es más enérgico y adecuado que el artificial para expresar las afecciones del alma; 2.º, es invariable, uniforme y espontáneo, como fundado en la misma naturaleza; 3.º, se adquiere y practica sin necesidad de estudio ó de la observacion.

Por otro lado, el lenguaje artificial ó articulado: 1.º, sirve para expresar muchas cosas que no pueden expresarse por medio del natural, y se extiende hasta las más sutiles manifestaciones y modificaciones del pensamiento; 2.º, incluye mayor facilidad y universalidad: mayor facilidad, puesto que con pocas palabras convenientemente combinadas podemos expresar instantáneamente conceptos y objetos que exigirían multitud de gestos y movimientos para ser expresados imperfectamente; mayor universalidad, no sólo porque se extiende á objetos y pensamientos que se hallan fuera del alcance del lenguaje natural, ó á los cuales sólo alcanza con suma dificultad é imperfeccion, sino principalmente porque el lenguaje natural sólo es medio de comunicacion con los presentes, mientras el articulado se extiende á los ausentes en tiempo y espacio por medio de la escritura; 3.º, el lenguaje articulado sirve de instrumento y auxiliar poderoso para desarrollar y robustecer el pensamiento, por medio de una especie de comunicacion y reaccion continua y reciproca entre la palabra y el pensamiento; 4.º, el lenguaje articulado, por lo mismo que se halla sometido á la voluntad del hombre, como sistema de signos convencionales y libres, encierra un poder de expresion tan eficaz y perfecto, que basta para satisfacer con facilidad todas las necesidades del hombre en el orden físico, sensible, social, intelectual y moral; 5.º, finalmente, el lenguaje articulado, así como puede perderse en el individuo ó olvidarse, puede tambien enriquecerse ó perfeccionarse, al paso que el natural nunca se olvida, pero tampoco se perfecciona sino con dificultad, en algunos hombres solamente, y aun esto dentro de límites estrechos. Sabido es que la influencia de la voluntad y el hábito, pueden hacer que los gestos y movimientos exteriores representen afecciones que no existen en el individuo; pero esto es accidental y



no destruye las condiciones propias del lenguaje natural.

Cuanto llevamos consignado acerca del lenguaje artificial, se refiere al lenguaje en cuanto significa una colección de palabras articuladas que tienen por objeto expresar el pensamiento. Conviene ahora tener presente que esa palabra, además de la significación dicha, puede tener otros dos sentidos, puesto que unas veces se toma por la facultad ó capacidad de hablar que posee el hombre, y otras por la determinada disposición de palabras, oraciones y períodos que constituyen lo que se llama *estilo*, en cuyo último sentido solemos decir que tal autor tiene un *lenguaje* conciso, elegante, fluido, nervioso, etc.

De aquí se infiere que cuando se pregunta si el *lenguaje articulado* es natural al hombre, se debe responder con distinción. Si se trata del lenguaje en cuanto significa una colección determinada de voces articuladas, como las palabras, por ejemplo, que constituyen el idioma castellano, el lenguaje no es natural, sino artificial y arbitrario, toda vez que es indiferente y puramente convencional que esta palabra designe este objeto y no otro; y por otra parte, vemos que al mismo objeto corresponden diferentes palabras según la variedad de idiomas. Si se trata del lenguaje en cuanto significa la facultad de hablar, no hay inconveniente en afirmar que el lenguaje es natural al hombre; porque la razón y la experiencia demuestran que el hombre ha recibido de Dios y tiene en su misma naturaleza la facultad ó capacidad de manifestar y significar á otros sus pensamientos y los objetos por medio de voces articuladas, que posee el organismo y los instrumentos necesarios para producir sonidos articulados, y hasta que tiene en su naturaleza una propensión espontánea á poner en ejercicio este organismo y la facultad de hablar.

¿Deberemos inferir de aquí que la invención del lenguaje es debida al hombre? De ninguna manera. Sea cualquiera la opinión que se adopte en orden á la posibilidad absoluta ó física de la invención ó formación por parte del hombre de algún lenguaje, el cual en todo caso sería necesariamente imperfectísimo y exigiría el trascurso de mucho tiempo, se debe tener por cierto que el lenguaje fué comunicado ó inspirado al hombre por el mismo Dios. Muchas son las razones que pueden aducirse en apoyo de esta afirmación, aun prescindiendo de la Sagrada Escritura que lo indica (1)

(1) En efecto, hablando del primer hombre, dice: «Creavit ex ipso adjutorium simile sibi; consilium et linguam dedit illis.»

con toda claridad. 1.º Adam ó el primer hombre debió salir perfecto de las manos del Creador, como dice Santo Tomás, tanto en el orden físico ó en cuanto al cuerpo, como en el orden intelectual y por parte del alma; y es indudable que si no hubiera poseído el lenguaje, carecería de una de las perfecciones ó cualidades más importantes y necesarias. 2.º No poseyendo el lenguaje, se hubiera visto imposibilitado de comunicar á sus hijos los conocimientos naturales y sobrenaturales que recibiera de Dios. 3.º En la hipótesis contraria, el hombre hubiera permanecido por espacio de mucho tiempo en estado de completo mutismo, el cual es incompatible con el estado social, que es natural al hombre, y fuera del cual no puede conservarse por mucho tiempo. Como corroboración de este argumento, debe tenerse en cuenta, que siendo el lenguaje un conjunto de signos convencionales, y siendo ó imposible ó sumamente difícil por lo ménos, establecer pactos y convenciones sin el auxilio de la palabra articulada, los hombres, en la hipótesis que combatimos, habrían permanecido por espacio de siglos sin sociedad política y en estado de salvaje mutismo. 4.º Para todo hombre pensador es evidente que la invención primitiva ó descubrimiento originario de un idioma, siquiera sea imperfecto, es obra que exigiría una inteligencia sublime, unida á vastísimos y profundos conocimientos de todo género; ¿y es posible esto cuando se principia por suponer al hombre sin vínculos sociales, en estado de salvaje mutismo y de crasa ignorancia? 5.º Finalmente, si á esto se añade que todos los monumentos históricos, incluso los bíblicos, presentan al hombre en posesión y ejercicio del lenguaje articulado, y lo que es más, de un lenguaje perfecto, quedará fuera de toda duda que el origen primitivo del lenguaje entre los hombres debe buscarse en Dios, revelándolo ó comunicándolo al primer hombre criado por él (1). Y decimos *revelándolo*, para excluir la

(1) Son notables las palabras de Humboldt sobre este punto. «El lenguaje no ha podido ser inventado sin un tipo preexistente en la inteligencia humana...»

«Mas bien que creer en una marcha uniforme y mecánica que le vaya formando paulatinamente desde el principio más grosero é informe hasta llegar á la perfección, abrazaría la opinión de aquellos que refieren el origen de las lenguas á una revelación inmediata de la Divinidad. Ellos por lo ménos reconocen la chispa divina que brilla al través de todos los idiomas, aun los más imperfectos y menos cultivados.» A conclusiones análogas conducen los trabajos de Klaproth, Remusat, Goutanoff, Merian,



opinión de los que imaginan que Dios enseñó al hombre el lenguaje primitivo pronunciando sonidos articulados, á la manera que los padres enseñan ahora á los hijos.

Además de las indicaciones que dejamos consignadas arriba acerca de la utilidad y necesidad del lenguaje articulado, pueden aducirse razones poderosas que demuestran con toda evidencia esa necesidad y utilidad.

1.º Los hombres están destinados por las condiciones mismas de su naturaleza á constituir ó formar una sociedad no imperfecta, temporal y transitoria, como los animales, si no perfecta, permanente, intelectual, moral y política; sociedad que ni siquiera puede concebirse, cuanto ménos constituirse y conservarse, sin el auxilio del lenguaje articulado.

2.º Sin el lenguaje articulado, la memoria es por precisión muy incompleta, y su expresión ó manifestación externa es poco ménos que imposible. Reflexiónese ahora por un lado los gravísimos inconvenientes á que estaría expuesto el hombre viviendo en sociedad sin el auxilio de la memoria, ó teniendo esta un es-

tado sumamente imperfecto; y por otro, que uno de los afectos más incontestables y preciosos del lenguaje articulado es el fijar y ordenar los pensamientos y afecciones interiores en la memoria, sujetándolos al propio tiempo al fenómeno del recuerdo ó reminiscencia.

3.º La investigación y conocimiento de la verdad, que constituye la perfección más noble y digna del hombre, se hallan en íntima relación y necesaria dependencia con el lenguaje articulado, sin cuyo auxilio nuestros conocimientos serían muy limitados, trabajosos é imperfectos. La conciencia íntima nos revela que mientras investigamos y conocemos los objetos, hablamos interiormente, locución que sería difícil, imperfecta y confusa, si no poseyéramos el lenguaje articulado.

Expuesta ya nuestra opinión acerca del origen del lenguaje, bajo el punto de vista filosófico, oigamos las eruditas observaciones sobre esta materia, debidas á nuestro distinguido compatriota Sr. García Ayuso, noble esperanza del renacimiento orientalista en España para la escuela católica.

II

Origen del lenguaje

El lenguaje humano es el medio más adecuado que se puede imaginar para la consecución de un fin sublime. Sin este agente admirable, apenas se hubiera elevado la humanidad sobre los demás animales. El sonido articulado, como efecto de la sensación y causa de la

Adelung, Schlegel, y de tantos otros distinguidos etnógrafos.

Hay más todavía. De los trabajos literarios y de las investigaciones etnográficas realizadas por los escritores citados, resulta: 1.º que los cuatro mil dialectos ó idiomas que se conocen, pueden considerarse como filiaciones ó derivaciones de tres, ó á lo más, cuatro lenguas primitivas y rigurosamente diversas, que son, la *indo-germánica*, que también suele llamarse *indo-europea*, la *semítica* y la *tártara*, á la cual algunos añaden la *malaya*: 2.º que la aparición de estas tres ó cuatro lenguas primitivas tuvo lugar de una manera repentina; todo lo cual se halla en perfecto acuerdo con la narración bíblica sobre la repentina confusión de lenguas realizada en la construcción de Babel, siendo probable que cada una de las tres grandes familias de Noé se separara de Babel con una de las tres lenguas que se llaman primitivas.

representación, produjo un cataclismo completo, una metamorfosis sorprendente en las percepciones, en la razón, en la inteligencia, en la naturaleza humana. El hombre, al poner en movimiento los órganos del lenguaje, al producir el primer sonido articulado, debió adquirir conciencia de sí mismo, y comprendió, sin duda, el dominio que esta facultad y las que la acompañan le daba sobre todos los seres de la creación. Pero ¿cuándo llegó para el hombre ese feliz momento, en el que puso en ejercicio los admirables órganos del lenguaje que naturaleza le diera? Responder á esta pregunta y probar con argumentos científicos la exactitud de la respuesta, sería desatar el insoluble nudo gordiano de la cuestión.

Convencidos de nuestra insuficiencia, no pretendemos resolverla, y nos contentaremos con exponer en el presente artículo, siquiera sea brevemente, las principales opiniones que se han propuesto en nuestros días acerca del origen del lenguaje, por *Humboldt*, *Grimm*, *Herder*, *Renan* y otros, contra cuyos argumentos, sin embargo, nos permitiremos algunas observaciones.